

Por esta puerta entraban los conjurados

Elite, 1.691. zk., 1958-02-22.

Si entre los sabuesos de Pedro Estrada hubiese habido alguno con cara de bueno suficiente para vigilar a los santos del popular templo caraqueño de Santa Teresa sin llamar la atención, el campanario se hubiese convertido en una trampa.

Monseñor Carrillo estaba en el Sanctus de su Misa de las seis de la tarde de este 30 de noviembre, sábado y día de San Andrés, y el Sacristán veía con malicia desde una esquina del confesionario como algunos de los fieles, todos hombres, iban abandonando graneadito los bancos y se escurrían por una puerta que hay cerca del altar del Nazareno.

Cuando el Padre Carrillo se quitó su casulla de celebrante, abandonó nerviosamente la sacristía y llegó a tiempo de saludar a alguien que hacía una genuflexión muy devota y se metía por la puerta también. El cura se quedó mirando aquí y allá, discretamente, reforzando la vigilancia del Sacristán.

El hombre que saludó al sacerdote empujó la puerta y subió a tientas por la escalera de caracol que conduce al campanario. Pero antes de llegar donde están las campanas se encontró con un grupo de hombres que conversaban en una piecita intermedia con aire de conspiradores, y se sumó. Habían exactamente diecinueve.

Era el grupo de profesores universitarios que redactó el primer manifiesto gremial en repudio a la tiranía.

-2-

El manifiesto nació de las huelgas estudiantiles en contra del vergonzoso plebiscito de "si o si" y la represión brutal de los dos autobuses de agentes de la Seguridad Nacional que entraron a rolo y machete en el recinto de la Universidad Central el 25 de noviembre. Este mismo día presentó su renuncia el encargado del decanato de Derecho, Francisco Giavaldini, aunque el Rector no llegó a cursarla nunca.

El grupo de alrededor de 60 profesores universitarios se reunió en la noche del día 27, que era un miércoles, en la sede de la Universidad Católica. Muchos de ellos eran simultáneamente profesores de la Central y la Santa María. La asamblea clandestina estuvo presidida por el Padre Pedro Pablo Barnola, y se prolongó desde las seis de la tarde hasta la una de la madrugada. Después de largos debates resolvió redactar y firmar un manifiesto, fué un documento escrito a mano, porque no tenía máquina. Como la letra de los profesores debe ser casi tan mala como la de los médicos, se exigió un secretario que la tuviese bien redonda y clara, y resultó con letra de monja un ingeniero bien conocido de todo Caracas, el Dr. Justo Pastor (El Gato) Farías.

El miedo y la prudencia son facultades de uso libre, y a la hora de la decisión sólo 13 tuvieron el valor de suscribir el manifiesto. Entonces, estos trece profesores se comprometieron a recoger firmas en las diferentes facultades de la Universidad Central, y (cualquiera hubiese dicho que las iban a multiplicar) consiguieron seis firmas más.

Son los 19 firmantes que se reunían en el campanario de la iglesia de Santa Teresa con la complicidad de otro sacerdote, Monseñor Carrillo.

-3-

El objeto de este manifiesto era no dejar solos a los estudiantes en su hermoso gesto, que era como un grito de la conciencia nacional, y dar una voz de alerta a las Fuerzas Armadas acerca de las razones de esta resistencia y sus nobles propósitos.

Claro que ellos desconocían aún la existencia formal de la Junta Patriótica, y se les planteó el problema de dar a conocer su manifiesto. La idea de imprimirlo fue descartada, por considerar ineficaz la difusión clandestina de una hoja firmada con un número tan escaso de profesores; el ingeniero Martín Vegas Pacheco sugirió la temeraria idea de que una comisión se encargase de presentarlo personalmente a Pérez Jiménez; por último se acordó llevarlo a la prensa, para que lo publicaran abiertamente. Los periódicos rechazaron la sugerencia por estimarla de riesgos desproporcionados a sus resultados. Al fin se convino hacer depositario del documento al Dr. Arístides Calvani, y esperar una ocasión propicia para publicarlo, o ponerlo a circular mimeografiado, de cualquier manera, si alguno de los integrantes del grupo fuese detenido.

-4-

Y cerraron la Universidad.

El contacto entre ellos se hizo más difícil, pero se mantuvo a través de un sistema de cadena, evitando el teléfono. Y cuando el Rector de la Universidad Central citó a los profesores para plantearles coactivamente la necesidad de reanudar las clases, tomaron la determinación de presentar sus renuncias por escrito, para provocar la crisis.

Cuando Spósito Jiménez los tuvo a todos al alcance de su vista en el Auditorium de la Facultad de Humanidades como para amansarlos, el Dr. Stempel Paris, que no estaba citado, por no pertenecer a la Facultad de Derecho, pero que se había colado con la impaciencia de protestar, oyó que Arístides Calvani le soplabá al oído señalándole con la mirada el grabador de cinta que tenía el Rector sobre el estrado:

"Ahí está el primer instrumento de intimidación".

Y Stempel Paris, que observaba como si estuviese de vigilancia en una avanzada enemiga, le señaló a su vez un agente de la Seguridad Nacional que se estaba sentando en la puerta de salida, y le dijo:

"Ahí está el segundo".

Los seis profesores del grupo que pertenecían a la Facultad de Derecho, y Stempel París, que era de Humanidades, pero se había colado, hablaron por turno y leyeron uno a uno (Aristides Calvani, Andrés Aguilar, Oscar Palacios Herrera, José Melich Orsini, Gustavo Planchart Manrique, Antonio Stempel Paris y Francois Giavaldini) sus cartas de renuncia y fueron abandonando el local. El Dr. Edgar Sanabria, que no estaba al tanto de las intenciones del grupo y le caía aquello de sorpresa, se levantó también espontáneamente e improvisó su renuncia para respaldar noblemente la actitud de sus compañeros.

-5-

Pero el grupo se dispersó, porque esa era la consigna, para eludir la persecución.

A pesar de las preocupaciones, tres de ellos cayeron en la Seguridad Nacional: Aristides Calvani, Oscar Palacios Herrera (actual Ministro de Fomento) y Andrés Aguilar.

Pero la semilla de este ejemplo dió muchos y buenos frutos entre el profesorado; desde entonces cundió la inquietud entre los directivos universitarios, y la apertura de la Universidad, que estaba fijada para el día siguiente, fué pospuesta hasta el 16, y después indefinidamente.

Entre tanto, la Seguridad Nacional perseguía a los renunciantes, y cada uno buscó su escondrijo. Alguno aparentemente ingenuo, como el Dr. Stempel París, que fué a refugiarse en casa de su mamá; pero pocos sabían que acababa de mudarse a un apartamento del Edificio "Mónaco", en Altamira, dirección que no conocían ni muchos de sus familiares íntimos todavía. El Dr. Planchart dejó su espaciosa casa de la Avda. Sucre de Los Dos Caminos para ir a refugiarse en un apartamento deshabitado que dejó un familiar que estaba de viaje, en la Avda. Los Jabillos, frente al Restaurant Rossini. Y el de la anécdota, que no puede faltar, fué el Dr. José Melich Orsini, quien despertó a media noche a los gritos de "¡policía, policía!" porque un ladrón que se había introducido en la habitación próxima se había defendido del cuidador de la casa, un italiano, dándole una puñalada. El Dr. Melich tuvo que abandonar a toda prisa ese refugio al lado de la Embajada de Nicaragua porque podían enredarlo con las averiguaciones.

Mientras los sabuesos de Pedro Estrada andaban persiguiendo a los profesores y a los que no lo eran, sin darles tiempo para vigilar a los santos de las iglesias (que no suelen ser insospechables de acciones revolucionarias), los profesores fueron sumándose a la actitud viril de otros grupos que opusieron su resistencia al servilismo que exigía el régimen, y otra vez, como tantas veces en la historia de Venezuela, los templos de Caracas jugaban un papel importante en la lucha por la libertad.

Pocos días después de estas reuniones en el campanario de Santa Teresa, hombres del pueblo que se atrevieron a pelear con piedras y botellas morían a sus puertas en un gesto que Venezuela recordará siempre.

El texto del manifiesto dice así:

Nosotros, profesores universitarios venezolanos, conscientes de la responsabilidad que tenemos contraída con nuestros alumnos y la Nación;

Firmemente convencidos de que la base fundamental de toda convivencia es el respeto a la eminente dignidad de la persona humana;

Consideramos que la situación que atraviesa nuestro país se halla en evidente contradicción con las normas más elementales del Derecho de Gentes; y

Cumplimos el deber de expresar nuestra protesta por las actuales circunstancias políticas y reafirmamos nuestra adhesión a los principios morales y jurídicos a los que debe ajustarse la conducta de todo gobierno;

Igualmente, manifestamos nuestro repudio a los vejámenes inferidos a la Universidad Venezolana en las personas de altas autoridades académicas, profesores y estudiantes;

Finalmente en nuestra expresada condición de profesores universitarios, reiteramos el propósito de continuar cumpliendo con fidelidad nuestros compromisos docentes.

Caracas 27 de noviembre de 1957.

Firmantes:

Oscar Carpio, Martín Vegas, Oscar Palacios Herrera, Justo Pastor Farías M., Santiago E. Vera, Arístides Calvani, Andrés Aguilar M., Gonzalo Pérez Luciani, Gustavo Planchart Manrique, Antonio Alamo B., Blas Lamberti, Celso Fortui D., René De Sola, Gonzalo García Bustillos, Nicolás Colmenares C., Fernán Rodríguez-Gil, Manuel Esté, Rafael J. Alfonzo y Antonio Stempel París.